

UNA NUEVA LUZ PARA LA IGLESIA

Alberto Monteagudo / Editorial De Colores.□

Vicente López 228 – Quilmes Oeste – (1879)□

Buenos Aires – Argentina□

E-mail: info@editorialdecolores.com.ar□

Web: www.editorialdecolores.com.ar□

Tel./Fax.: (5411) 4253-4293□

□

□

Queda hecho el depósito que previene la Ley.□

□

□

Impreso en Argentina – Printed in Argentina.□

**MADRE M^a DE LA CONCEPCIÓN
DE S. JAIME Y STA. TERESA
CARMELITA DESCALZA
(1905-1999)**

UNA NUEVA LUZ PARA LA IGLESIA

Monasterio de Santa Teresa

Mallorca

© Monasterio de Santa Teresa
de Palma. Mallorca

ISBN: 978-987-96144-3-3

Impreso por:
Gráfica en Acción *Imprenta y Servicios*
Av. Belgrano 1462
C1093AAP - Ciudad de Buenos Aires
4137-5449 / 5525
geaccion@velocom.com.ar

Nihil obstat:

Don Llorenç Alcina Rosselló, censor

Imprimatur:

Don Lluch Riera Coll, Vicario General

Palma, 18 de abril de 2007

Nota a la edición argentina

El pequeño libro que tienes en tus manos -*Una nueva luz para la Iglesia*- es suficientemente revelador y no lleva presentación de sus providenciales autores, M. María Rosa del Niño Jesús y San José, Priora de las Carmelitas descalzas del Monasterio de Santa Teresa de Palma de Mallorca (España), Selina Bustamante Porras-Ysla y Manuel Oliver Moragues. Vamos a encontrarnos en esta pequeña obra con una vida que se transformó en esplendorosa y que en su vocación de ofrenda se muestra como un ejemplo esperanzador para todos.

Las monjas del Convento han creído, muy oportunamente, que el conocimiento de la Madre Concepción, su radical ejemplo, puede ayudar a toda clase de personas a abrirse a la confianza en Cristo y a la paz interior que procura la esperanza en Él

La luz de la Madre Concepción es reflejada por sus hermanas del Carmelo y por aquellos que tuvieron ocasión de tratarla. Esa luz, merece ser proyectada a quienes no la conocieron. Por eso, compartimos un testimonio de la comunidad de las Carmelitas, en el que se manifiestan las virtudes de la Madre y la lección que a todos aprovecha: A obispos, personas de gobier-

no y padres de familia...etc., pues se ceñía a la verdad, sin miedo a la persecución, con total libertad de espíritu, sin disimulación; a personas consagradas, pues vivía su consagración sin rebajas, como obsequio a Jesucristo; a jóvenes, pues a los 23 años renuncia a fiestas, lujos, riquezas, incluso a sí misma; a personas adultas, con su constante y despierto sentido trascendente, sin cansancio; a personas mayores, pues vive con mayor pujanza a medida que se acerca el fin (*No puedo perder ni un minuto*); a personas sanas y enfermas, pues no hace problema de su falta de salud; a casados, enseñando a elevar la mirada a Dios ante el otro cuando disgusta (*¡Jesús, qué feo te has disfrazado!*), el amor que no se cansa.

Aquí tenemos un testimonio simple, como son simples las cosas del Señor, y por lo mismo providencialmente valioso para quienes tenemos la ocasión de conocerlo y apreciarlo, como sucedió en Mallorca (España) con la aparición de la primera edición de *Una nueva luz para la Iglesia*, en junio de 2007.

Buenos Aires, a los 7 días del mes de Febrero [de 2008, en la conmemoración del 9º aniversario de [la partida al cielo de la Madre Concepción. □

□

El editor [

Preámbulo

Su Santidad Benedicto XVI, en el mes de mayo de 2006, recordaba a los Superiores Mayores de las órdenes y congregaciones religiosas que “la vida consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista”. Y añadía: “Pertener totalmente a Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza”.

La Madre María de la Concepción de San Jaime y Santa Teresa, que vivió setenta años en el Monasterio de las Carmelitas Descalzas de Palma de Mallorca (1928-1999), me parece un modelo acabado de esta orientación del Papa para nuestro tiempo, un estímulo para todos, una nueva luz para los religiosos y para la

Iglesia, en el octavo aniversario de su muerte. He aquí una prueba, más allá que de una vida virtuosa, de la vivencia del amor de Cristo y el amor a Cristo, y con él al prójimo.

Su programa monacal ha sido hacer siempre su voluntad, pues no era otra que hacer siempre la de Dios, y su método el vivir guardando la regla y constituciones del Carmelo, con esfuerzo progresivo, “sin mitigación hasta la muerte”.

Es cierto que su vivencia carmelitana ha conmovido a no pocas personas, de dentro y fuera del claustro. Pero además, como Priora y Madre Maestra, su potestad de enseñar ha supuesto un constante compromiso para la comunidad, siendo genuina servidora del Evangelio y fiel garantía para las Carmelitas Descalzas.

En el octavo aniversario de su muerte,
Madrid 1 de marzo de 2007.



Francisco, Card. Álvarez Martínez

✠ FRANCISCO, CARD. ÁLVAREZ MARTÍNEZ
Arzobispo Emérito de Toledo

I MARÍA EN SU SIGLO

María de la Concepción nació el 25 de abril de 1905 en la ciudad de Palma de Mallorca. Fue bautizada el día siguiente en la parroquia de Santa Eulalia. Era la primogénita de unos padres piadosos, de familias de renombre: Jaime de Oleza y de España y M^a de la Concepción Gual de Torrella y de Villalonga. Su padre era militar y el cabeza de su linaje, y su madre hija de otra casa principal de la ciudad de Palma.

Eran ambos muy marianos y devotos del Sagrado Corazón de Jesús. Pusieron a sus ocho hijas el nombre de María, y al único varón le llamaron Mariano. Murió en 1938, a los veintiún años, en la guerra civil española. Se había alistado voluntariamente como alférez y en el paso del río Cubilar del frente de Extremadura pereció ahogado junto al cabo a quien auxiliaba.



María disfrazada de menina.

María hizo la primera comunión a los siete años. Las costumbres de su casa eran muy pías y llenas de veneración a los mayores. Todas las tardes, la familia entera, incluido el servicio, rezaba el rosario. Lo dirigía su abuelo, y tras morir éste su padre.

Las tres hijas mayores nunca fueron al colegio. Se educaron con institutrices que se ocupaban de ellas durante las mañanas. Las tardes eran de recreo entre ellas o con sus primos.

Desde muy niña hizo sentir su genio y su tozudez. Lo mantuvo durante su adolescencia y primera juventud. Era la mayor de sus hermanos, pronta en imponer su voluntad constantemente. Además era muy perezosa, lo que aumentaba su propensión a mandar. Le costaba un esfuerzo enorme levantarse por la mañana, tanto que hasta que no oía la campana del profesor de pintura llamando a la puerta, no saltaba de la cama. Lo que el profesor tardaba en subir la escalera, era el tiempo que empleaba ella para vestirse. Simulaba luego que había esperado levantada desde hacía rato. Tenía grandes dotes para la pintura, por eso le habían puesto bajo la instrucción del afamado pintor retratista y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia Vicente Furió. La inició en la copia de bodegones.

Pronto perdió la paciencia en su ejercicio y quiso comenzar a pintar retratos. María creyó percibir que el maestro, por celos, se resistía a perfeccionarla en su destreza para el retrato, no fuera cosa que llegase a competir con él. Llegó a suponer que no quería enseñarle más.

Era tan perezosa para levantarse como inquieta. Terminada la lección de pintura no tenía la paciencia de limpiar la paleta y los pinceles. Muchas veces los tiraba para ahorrarse el trabajo y compraba otros nuevos para la clase siguiente.

Un día, rondando los veinte años, le extrañó al profesor un acto simple: María limpiaba los pinceles con paciencia y los dejaba cuidadosamente preparados para la próxima sesión. La novedad, tan trivial, le hizo concluir que algún cambio importante se estaba produciendo en ella. Hasta que manifestó su transformación “no era humilde, sino más bien orgullosa y cuando se la reprendía no contestaba. Estiraba el cuello con aires de superioridad haciendo ver que no cambiaba de opinión”. Así hablan sus hermanas de ella.

Una de sus grandes aficiones era la lectura. Muchas veces, cuando debía cuidar de su hermana pequeña y ahijada, para poder leer tranquila recurría a una treta:

encargaba al servicio que le subiera azúcar a su habitación y con él hacía una muñeca a modo de chupete. Mientras la niña se concentraba en la golosina, ella colocaba los dedos índice y medio sobre sus ojos para inducirla más rápidamente al sueño y así quedar libre para la lectura. Los dientes de su ahijada se echaron a perder.

María se puso de largo a los dieciséis años. Consistía la fiesta en recogerse el cabello en un moño, calzar con tacones y enojarse. A partir de ese momento comenzó a frecuentar fiestas, el teatro, la zarzuela, la ópera. Era de mediana estatura, de tez muy fina y blanca. Tenía los ojos azules y el cabello rojizo. Una vez asistió a un baile vestida de Menina y para encontrarle tirabuzones del color de su pelo se vieron en muchos apuros.

María disfrutaba mucho los veranos en las espléndidas fincas de la familia. Por las tardes solía jugar al tenis con amigos y parientes en una de ellas. “Corp Mari” era el nombre de otra casa familiar de recreo junto al mar, y allí también disfrutaba mucho practicando la natación. Además era aficionada a montar a caballo. Éste era su deporte preferido. Montaba muy bien a la amazona y llegó a ganar algún concurso de sal-

tos que se organizaba entre amigos. Montaba tan bien y tenía tanta fama de intrépida que le propusieron participar de extra cabalgando y saltando en la película *Flor de Espino* (1925). Fue éste un largometraje pionero del cine español, una comedia de crónica social donde María muestra sus dotes en equitación.



María, experta jinete, montando a la amazona.

A los veintiún años viajó con su madre a Roma. La ocasión les vino gracias al dinero de una venta que emplearon en darse un capricho. Fue un “tour” de recreo y de edificación, muy propio de aquellas familias. Visitaron las catacumbas, los lugares santos, pasearon por las calles de Roma y fueron recibidas por el Papa. La audiencia fue colectiva, ellas iban de riguroso negro, tocadas con peineta y una preciosa mantilla. El Papa les dio la Bendición Apostólica y les concedió indulgencia plenaria “in articulo mortis”, aun para el caso de no poder comulgar ni confesar, previo acto de contrición que pronunciase con la boca o de corazón el nombre santísimo de Jesús. La indulgencia también alcanzaba a toda su familia. Visitaron en Venecia a un monje trapense muy allegado a sus abuelos, oriundo de Petra y entroncado con la familia del beato Junípero Serra (1713-1784), el fundador de misiones en California.

Paseando por los escaparates de Roma vieron un rico encaje. María quedó prendada por aquella finura, tanto que pidió a su madre que se lo comprase para el día de su boda. La madre esquivó la petición respondiendo que se lo compraría si le gustare el novio.

Cuando María contaba veintidós años, en la cuaresma de 1927, se predicó una misión en Palma.

Estuvo a cargo de los padres jesuitas, franciscanos, misioneros de los Sagrados Corazones y capuchinos, que se distribuyeron entre la Catedral y las cuatro grandes parroquias de la ciudad. Muchas vocaciones sembró esta célebre misión. Comenzaba con el rosario de la aurora a las cinco y media de la mañana. María quiso asistir, pero se conocía bien y sabía que levantarse a esas horas era imposible para ella. Acudió a la Virgen Santísima y le pidió de corazón que le ayudara a madrugar. La Virgen le concedió en aquel momento la gracia de levantarse temprano y puntualmente. Desde entonces jamás llegó tarde a ningún sitio. Así comenzó la misión, con este rosario y con esta gracia. Pero tuvo efectos mayores. Distintas predicaciones, entre otras las del padre Iniesta, jesuita, le impresionaron grandemente. En aquellos días descubrió con gran alegría su vocación religiosa.

Tan sólo transcurrieron veinte meses desde aquella vivencia interior hasta que entró en el Carmelo. Durante ese tiempo continuó su vida doméstica, pero con actitud muy distinta. Poco a poco sus hermanas y todos los de su alrededor se fueron dando cuenta de la transformación de María, y de que la causa de ese cambio era muy poderosa. La primera persona a quien con-

fió el secreto de su vocación fue su madre. Pero durante estos veinte meses no todo le fue fácil a María, tuvo sus caídas y contrariedades.

Decidió no ir más a fiestas o actos mundanos. Una de sus hermanas, que solía acompañarla en sociedad, enseguida la sintió distinta y comenzó a sospechar que María pensaba en ser monja. También su hermana menor, a la que enseñaba catequesis, percibió lo mismo al ver las nuevas reacciones de María. Cuando la pequeña se colgaba de ella y le quitaba las horquillas del moño, María siempre se enfadaba y le propinaba una buena reprimenda; pero de repente, de un día para otro, no reaccionaba a la travesura. Cuando, una vez más, le descomponía el peinado, ya no se disgustaba, sino que con una infinita paciencia la corregía dulcemente.

II CAÍDA Y GRACIA

Habiéndosele invitado a una gran fiesta, María, en su firme propósito de retirarse de lo mundano, mantuvo su negativa a asistir. Pero su abuela, ilusionada en el lucimiento de María, le mostró una preciosa tela de lama de plata con la que pensaba hacerle unos zapatos

para la ocasión. María, prendada por la tela, aceptó sin perder un segundo en recordar su propósito. Y fue a la fiesta.

Este hecho, en apariencia tan nimio, marcó para siempre su vida. Se percató enseguida de cuán endebles podían ser sus más firmes propósitos, de que con su solo esfuerzo nada cabía esperar de ellos. Fue para ella como recibir una gracia definitiva. Le fue concedida desde entonces una humildad de corazón tan profunda y tan sincera que le hizo comprender claramente la verdad de las palabras de Jesús “Sin mí no podéis hacer nada”. Desde aquel momento aprendió a no dar un solo paso, ni hacer un solo propósito sin contar explícitamente con el Corazón de Jesús. Siempre, desde entonces, a la hora de hacer cualquier propósito añadiría con humildad sincera: *Se tú, Corazón de Jesús, quien me lo haga cumplir*. Sabía que sin su ayuda a nada podía llegar.

Cuando dijo a su padre que quería ser carmelita, la envió a hablar con el padre Martín de Jesús María, carmelita descalzo, para asegurarse de que lo que sentía era verdadera vocación religiosa. Este fraile era el fundador y primer prior del convento de los frailes carmelitas descalzos de Palma (1923), ciudad que antes sólo había



María en traje de gran gala, un año antes de entrar en el Carmelo.

conocido a los calzados. Después de hablar con ella, el padre Martín le explicó a su padre: – “No sólo la vocación de su hija es auténtica, sino que también le puedo asegurar que muy pronto la harán priora”. Más adelante, cuando este pronóstico se hizo realidad, el padre Martín comentó: – “Lo que dije en su día no era ninguna profecía. Saltaba a la vista que era una joven con muy buenas disposiciones y que prometía mucho.”

Pero también hubo quien intentó desanimarla. Un sacerdote que la conocía, al enterarse de que deseaba entrar en el Carmelo le advirtió: –“Mira que a una señorita como tú, la comunidad se la comerá a picotazos. Te harán la vida imposible”. A lo que ella, con mucha gracia, replicaba cuando contaba esta anécdota casi al final de su vida: *A mí nunca nadie me ha picado.*

No conocemos explícitamente el cambio que se operó en su alma en el camino hacia la clausura del Carmelo. Quedó constancia de la transformación de su rostro en algunas fotos posteriores a su conversión. En ellas irradia una paz y una pureza que se transmiten calladamente.

III ENTRADA EN EL CARMELO

El 24 de octubre de 1928, día de san Rafael, María entró en el Carmelo. Tenía 23 años. Escogió este día para que el arcángel le guiara en el camino. Su padre, militar, no reunió el valor suficiente para acompañar a su hija a las puertas del convento. Le acompañaron su madre y algunas de las hermanas. Pero su padre, antes de que saliera de casa para siempre aquella hija mayor, con la gravedad marcial del sentido del deber le dijo: –“Si no es para ser santa, no habría por qué dejarnos.” Estas palabras las guardó en su corazón, y fueron un constante acicate cada día de su vida. La responsabilizaron para siempre. Fueron palabras a las que se aplicó ya con obediencia filial antes de los votos.

Día 25 de abril de 1929, el de su veinticuatro cumpleaños, se revistió a María con el santo hábito de la Virgen. Ella hubiese deseado tomar por nombre el de María Teresa del Corazón de Jesús, sin embargo, le fue impuesto el de María de la Concepción de San Jaime y Santa Teresa, en atención a sus padres.

Las primeras lecciones de la madre maestra fueron para disponerla a no ir tras la voluntad propia: “Siempre tienen que hacer lo contrario de lo que quieran hacer”,

decía a las novicias. La hermana Concepción ante este aviso razonaba interiormente diciéndose: *Siempre haré lo que yo quiera; porque no quiero hacer nunca nada más que la voluntad de Dios.* En una ocasión la madre maestra la mandó a descansar mientras la comunidad permanecía en el coro. Esta disposición le disgustó a la hermana Concepción, pues desde que entró en convento tenía la voluntad de no escatimar ningún sacrificio al Corazón de Jesús. Pidió a la maestra que le permitiese quedarse en el coro, y se le negó de nuevo. La novicia se avino con este razonamiento: *¿Al cuerpo qué es lo que más le conviene: quedarse en el coro o ir a dormir? Ir a dormir. ¿Y al alma qué es lo que más le conviene: obedecer o hacer su propia voluntad? Obedecer.* Se fue contenta y confiada a dormir, sabiendo que en la voluntad de la maestra cumplía la de Dios. Y no discurrió más.

Durante la etapa del noviciado recibió una gracia mística muy señalada que nunca quiso explicitar. Lo más que se alcanzó a saber sobre esta gracia es que se trataba de algo interior muy intenso, algo similar al fuego de amor que recibió santa Teresita. En ese momento aventajado de gracia, ella le dijo a Dios que quería vivir de pura fe, y le pidió muy encarecidamente que todos los goces se los diese en el cielo y no le ade-

lantase ninguno en la tierra, como queriendo que toda su vida fuera una cuaresma, un identificarse con Cristo y una aportación a su pasión.

IV PRIMEROS AÑOS DE CARMELITA

Desde el primer momento acogió como propias todas las novedades de la vida conventual. Nada sorprendía a su predisposición de entrega absoluta. Se impuso a sí misma la consigna de obrar de tal manera que todas pudieran hacer lo que ella. Su fórmula de discernimiento para decidir sus actos era simplemente preguntarse qué bien recibiría la comunidad si todas las hermanas obraran como ella.

No se cansaba de agradecerle a Dios su vocación. *Si tuviera que elegir mil veces, mil veces elegiría lo mismo*, escribió en una ocasión a una tía suya.

El 26 de abril de 1930, –eligiendo entonces el aniversario de su nacimiento a la gracia bautismal, día siguiente al de su cumpleaños–, emitió los votos temporales por un trienio. Pasados los tres años, en el mismo día, emitió los votos solemnes, *sin mitigación*

hasta la muerte, como le gustaba repetir. Este compromiso lo repetiría muchísimas veces, sobre todo cuando, ya anciana, se le pretendía dar algún remedio. Entonces repetía indefectiblemente: *Cuando profesé lo hice sin mitigación, hasta la muerte*. Así pues, no permitía que se la aliviase en nada.

Uno de sus primeros oficios fue el de ayudante de la sacristía. La sacristana era una hermana enérgica, emprendedora y laboriosa. Mandó a la hermana Concepción que, durante el tiempo libre de ejercicios espirituales y jornadas de retiro, confeccionase flores y ramos de papel para adornar los altares. La hermana Concepción pensaba que el tiempo que podía dedicar a meditar pláticas se iba a desperdiciar en aquella labor trivial y poco necesaria, según su parecer. Interiormente le costó obedecer, pero se entregó a aquella tarea con todo el amor que le fue posible pensando, una vez más, que obedecer a la sacristana era también seguir la voluntad de Dios. Y resultó, según contaba para aleccionar, que hacerlo no sólo no le supuso ningún sacrificio, sino que disfrutó enormemente. Así aprendió a hacer las cosas con mirada de fe y gozo de actitud, viendo la voluntad de Dios en todo lo que se le mandaba, a vivir en la confianza serena y alegre del carisma del

Carmelo. Fuera ante hermana joven, sin autoridad, o ante hermana con algún cargo en el monasterio, era pronta en cumplir cualquier requerimiento. Y por la misma actitud procuraba ser ciega a los errores de sus hermanas en el ejercicio de sus oficios. Era cumplidora y confiada hasta la suspensión del juicio propio. Una monja celante le advirtió de la norma antigua de recogerse el hábito para entrar en el cuarto de las bacinas. Aquella estancia había cambiado de uso y habíase perdido el sentido del enfaldarse. Sin embargo, la madre Concepción cumplió siempre aquella orden como el primer día, sin someterla a más razón que la de su voluntad entregada. Así lo continuó, hasta que una nueva priora, pasados muchos años, la eximió de su cumplimiento.

Una vez profesada le asignaron una celda en la planta principal. Le parecieron pocos los clavos que tenía la puerta en el interior de la celda para colgar sus enseres. Pensó pedir permiso para poner algunos más, pero decidió conformarse con la celda tal como estaba dispuesta. Y, efectivamente, le fueron suficientes. Al fin de sus días contaba a sus hermanas este estreno de la celda argumentando, con la mayor sencillez de espíritu, que ante cualquier idea o manera que contrariara la propia,

bastaba probarla para verla conveniente. Era éste un hecho trivial que expresaba, sin embargo, la amplitud de sus votos de pobreza y obediencia en su amor sin condiciones a Cristo.

V CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Dios concedió a la madre Concepción vivir, casi enteramente, el primer siglo del mundo consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, pues murió el año del centenario de la encíclica con que León XIII consagró la Historia y el Hombre a la “infinita caridad de Cristo”, representada en su Corazón. La madre Concepción se consagró personalmente el 8 de septiembre de 1939. Dejó escrito aquel día:

Madre mía Inmaculada, quiero ser toda del Corazón de Jesús, pero siendo tú mi madre no quiero dar un solo paso sin Ti... Corazón de Jesús... quiero ser tuya por completo y para siempre.

Acepto gustosa este pacto que deseas tan dulce y tan honroso de cuidar Tú de mí, y yo de Ti... Aunque me

mates en Ti esperaré y de Ti me fiaré... Quiero, Dios mío, olvidarme por completo de mí misma y de todo interés propio y fiarme en absoluto de Ti, descansando con paz segura y tranquila en tu dulce providencia...

Propongo hacer todo cuanto pueda para no tener más ideal en la tierra ni en el cielo que tus intereses santos. Trabajar porque reines en todos los corazones... Oración, lo más constante que pueda pidiendo tu reinado en todas partes y a todas horas... y en todas las ocupaciones diarias.

Sacrificio pasivo... porque reines... Sacrificio activo con penitencias externas y vencimientos internos... la mortificación continua... Actos de virtud, cumpliendo con esmero los deberes de cada instante, dando muy buen ejemplo, pero sin llamar la atención en nada...

Quiero hacer lo posible con sufrimientos, plegarias y sacrificios, vida santa, apostolado para reparar tu honor y gloria divinas y restituirles según mi pequeñez y miseria el lustre y esplendor que tienes tan merecido...

Todo lo espero de Ti y de mí ya no espero nada y me alegro que así sea, a fin de que eternamente conste que toda la gloria es tuya y a mí no se debe cosa alguna.

Vivió esta consagración en acto continuo, a lo largo de toda su vida, con una generosidad creciente que le suplía cualquier cansancio o pereza. Nos solía repetir: *El amor no se cansa, y si se cansa no es amor.*

No pensando en sí, sino en los demás por amor a Jesús, fue como aprendió a no quejarse de nada ni de nadie, a no reclamar nada, a no excusarse nunca, a no hablar de su familia, a repetir en su interior: *No tiene el hombre ningún bien de que alabarse.* Cuando traspasaban la clausura ecos de algún entredicho externo que pudiera apesadumbrar a la comunidad decía en su seguridad y madurez: *Hay que estar contentos de que piensen bajamente de nosotros.* O bien: *Si piensan mal de nosotros, mejor.* Lo decía sin la menor arrogancia, al contrario, necesitada, por su amor a Cristo, de humillar cualquier mérito, y tranquilamente confiada en Él, que había humillado su majestad. Recién entrada, cuando la pasearon por el monasterio para presentarle su definitiva morada, le mostraron lo que había sido antigua prisión del convento, la estancia donde se castigaba a novicias o monjas díscolas. Y fue su pensamiento: *¡Cuánto me gustaría ser encerrada aquí, sin culpa!* Todo padecimiento, aun el injusto, le parecía un desagravio muy pobre y liviano ante el que había voluntariamente sufrido Cristo por el hombre. En

carne propia mostraba las palabras de Santa Teresa: “Poniendo los ojos en Cristo crucificado todo se os hará poco” (VII, *Moradas*, 4,8).

Al morir la madre Concepción una novicia dijo: “Si yo no hubiese leído los textos de nuestros santos padres y nuestras leyes, los había conocido con detalle por lo que he visto practicar a la madre Concepción tan sólo en este último año de su vida, que es cuando la he venido a conocer”. Todo en ella fue según San Juan de la Cruz: “Obrar y callar”.

Tenía una memoria prodigiosa, y en ella una enciclopedia selecta a la que recurrían todas para cualquier consulta o con la que daba consejos. Crónicas de la orden, vida y doctrina de los Santos Padres Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, costumbres de la comunidad, derecho canónico, catecismo, concilio... todo le acudía al instante y lo ponía en obra. Cuando le alababan esa potencia respondía: *Es que vuestras caridades tienen una memoria de gorrión*. Mas no era locuaz ni aleccionadora en absoluto. Procuraba pasar desapercibida, relegarse al puesto más incómodo, ínfimo o de mayor trabajo. Huía cuanto podía del locutorio, donde, como le era habitual, escuchaba mucho, hablaba poco, y transmitía muchísimo.



La Madre Concepción en su invariable forma de sentarse en el suelo.

Por compasión de Cristo procuraba mortificarse en todo: en la ropa, en el asiento –hasta los ochenta años, cuando se rompió las dos caderas, se sentó siempre en el suelo–, en el comer, en la enfermedad... Todo su ajuar era pobre y tosco, mil veces remendado. Y mil veces alegaba, convencida y convincente, que en aquella pobreza de comodidades todo le iba muy bien y que nada le costaba. Todas las pequeñas mortificaciones las hacía sin gemir, con una naturalidad que sólo podía sostener el puro amor. Escribía en una ocasión: *He procurado enamorarme intensamente de Cristo*. Y muchas veces nos repetía: *El amor es darse, sacrificarse, olvidarse por aquél a quien se ama*. El puro amor era su secreto, por él todo trabajo se le hacía liviano, querido, dulce.

Le gustaba repetir las palabras del Santo Padre Juan de la Cruz: “Cuando el alma se determina *de veras* (siempre subrayaba esta expresión) a querer hallar y llevar trabajo en todas las cosas por Dios, en todas ellas hallará grande alivio y suavidad para recorrer este camino, así desnudo de todo, sin querer nada”.

Le guiaban la rectitud y la verdad, sin miramiento a la opinión ajena, sin miedo a decir lo necesario, con una seguridad que desconocía la tribulación. Nada le turbaba, nada la inmutaba. *Nada me quita el sueño*,

solía decir, abandonada enteramente a la voluntad y providencia divinas. Con gran confianza rezaba constantemente la jaculatoria “Corazón de Jesús, en vos confío”. Un solo deseo propio parece que mantenía la madre Concepción: el martirio. Cuando se le preguntaba si le gustaría morir mártir no respondía con su habitual: *Lo que Dios quiera*; sino: *Siempre lo he deseado y todavía confío y espero morir mártir*. Lo decía devotamente, como si fuera el colmo de su oración, y renovadamente, hasta el fin de su vida.

VI PRIORA Y MAESTRA

El derecho canónico no permitía entonces ocupar cargo de superior mayor hasta cumplir los cuarenta años. En las elecciones de 1946, recién cumplida la condición, la hermana Concepción fue elegida priora. En otras seis elecciones recayó el cargo sobre ella. Fue priora durante 21 años no consecutivos, la que por más tiempo ejerció el cargo desde la fundación del monasterio en 1617, sin alterarle ni la elección ni el relevo. Una priora dijo de ella: —“La Madre Concepción es muy buena priora, pero es también excelente súbdita”. Pedía

licencia para cualquier cosa, aun para la más insignificante, viendo en la priora a Dios. Estando en la recreación siempre era la primera en levantarse cuando entraba la madre priora y a veces era la única en hacerlo. Y al final de su vida, ya casi ciega, cuando era ella la que entraba en la recreación, después de su habitual Ave María Purísima, sus palabras eran: *¿Está nuestra Madre?* Moviéndose a oscuras solo por su visión de fe buscaba a la priora para besarle el escapulario, en señal de humilde sujeción, según se acostumbra en el Carmelo.

Durante cinco trienios fue maestra de novicias. Muy comprensiva y benevolente, enseñaba sobre todo con su propio ejemplo, especialmente en el trabajo —siempre la primera y en lo más penoso— y en la observancia de la Regla y Constituciones. Gran conocedora de la Orden, del carisma y los textos de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, prodigaba sus doctrinas. Guardaba perfecto silencio, e incluso con las novicias, si con señas se podía explicar no empleaba la palabra. Pero le gustaba que las novicias anduviesen siempre alegres, se gozaba de su felicidad. Era alma de intensísima oración y profunda vida interior, estaba siempre en Dios. Todas las acciones del día, por insignificantes que fueran, eran actos de amor a su Esposo, por esto elegía

los que más le aproximaban a su sacrificio. *He procurado mirar a Jesús en su celo por las almas, para imitarlo en Nazaret, en su vida de trabajo y en su vida apostólica. Quiero, Dios mío, que toda mi vida sea apostolado a lo carmelita oculta en tu corazón.*

VII CARIDAD Y FORTALEZA HEROICA

Si se manifestaba extremadamente austera e inflexible para sí, con las hermanas era, en cambio, toda comprensión, indulgencia y caridad, una sombra de consuelo donde se refugiaban todas. Fue madre, consejera y paño de lágrimas de la comunidad. Se interesaba por la vida espiritual y los problemas de cada una, velaba por las enfermas. Todas las prioras daban siempre licencia para tratar asuntos con ella a las monjas que lo solicitaban. Era tanta su bondad, entendimiento y clarividencia que las prioras descansaban en sus consejos. Y, sin embargo, tenía sed de estarse a solas con Dios, sin interrupciones. Decía bromeando: *Cuando esté en el cielo, déjenme con toda paz estar a solas con Dios. No me vengan allí cada dos por tres, pum, pum, pum... llaman-do a la puerta.*

Toda pena y dolor físico eran en ella invisibles. Un día de faena, estaba subida la madre Concepción en una vieja escalera de madera. Se quebró y cayó la madre aparatosamente. Se le desgarró la palma de la mano y le manó sangre a borbotones. Serena, ante la alarma de todas, se allanaba y golpeaba la carne levantada como quien recompone un roto. Una monja horrorizada, para que atendiera el auxilio necesario, le decía: –“¡Pero Madre, quiere hacer el favor de ser normal!” Ella, con su aplomo natural, al espanto de las hermanas replicaba: *¡Son vuestras caridades las que no son normales!*

Ocultaba sus dolencias o las disminuía en importancia. En su último priorato, contando 77 años, dirigiendo el rosario en el coro, arrodillada como siempre, palideció y se medio desvaneció. Se la incorporó a un banco y tuvo vómitos de sangre. Parecía una expiración, pero volvió en sí, y cuando las hermanas quisieron llevarla a la celda se negó, pues era hora de colación. Decía que se encontraba muy bien y que iba a comer lo que todas, sin atender que estaba manchada de sangre. La madre superiora tuvo que llamarla a la obediencia para mandarla al hospital. Se avino sin discusión. Desde el hospital, entre transfusiones, les mandó recado por el capellán del convento de que eran unas merengues.

Años después se levantó una mañana sin apenas poder dar un paso. El médico le diagnosticó reuma y le prescribió friegas. Se las dio la hermana enfermera. Más tarde, la consulta de otro médico resolvió lo mismo y continuaron las friegas. Ella, mientras tanto, no dejaba de bajar al coro para oír la misa, o subir la escalerilla del púlpito del refectorio para hacer las lecturas. Andaba con grandísima dificultad. Se le empezó a hinchar una pierna. Hubo que mandarla al Hospital Militar para hacerle unas radiografías. Subió las escaleras por su propio pie. Las radiografías mostraban que llevaba tiempo con la cadera rota y que era necesario implantarle una prótesis. Y ella, tan olvidada de sí, había soportado aquellas friegas, sin queja alguna.

El año siguiente, una noche cayó de la tarima (el lecho de tablas). La cara se le llenó de moratones, se rompió el dedo pulgar y la otra cadera. La operaron, y al tercer día pedía que le enseñasen a andar con muletas. En adelante tuvo que usar andadores, porque no se tenía sola en pie. Tampoco por ello dejó de observar puntualmente todos los actos de la comunidad, cumplir con la escoba de los sábados o con su semana de cocina, donde apenas llegaba a los fogones y asustaba a las hermanas manejando ollas hirviendo y sartenes candentes. Pedía que no la eximiesen de esas tareas, repi-

tiendo siempre: *Me va muy bien... Esto lo puedo hacer... No me cuesta nada... No me duele...* Las prioras se mostraban condescendientes a sus ruegos por la gran edificación que su ejemplo reportaba a la comunidad.

Pudo ocultar su ceguera total en un ojo y media en el otro hasta que un día la pusieron en evidencia sus manos probándose la visión. Tenía una catarata y un desprendimiento de retina sin remedio. Pronto fue perdiendo la visión del ojo sano, con el que apenas llegaba a leer ayudada por una gran lupa. Disimuló la casi total pérdida de visión cumpliendo prácticamente a ciegas las tareas, tras tantos años aprendidas, como subir a la ropería a zurcir. Bajaba escaleras de memoria, aparentando más vista de la que realmente tenía. Más de una vez se la veía agarrada al andador avanzar por los pasillos en rumbo de colisión.

En aquellos años, ya casi impedida para la lectura, pidió si le podrían confeccionar un cuadro para su celda, a modo de cartel, con un texto escrito en letra bien grande extraído de los cánones. Se sabía de memoria aquel texto y lo recitaba constantemente a las hermanas encareciéndoles su misión de servicio a la Iglesia. Como quien desea sumirse en la abstracción de lo esencial, y se ha desembarazado de cuanto no es el

núcleo de su existencia, la madre Concepción quería tener omnipresentes aquellas palabras:

“La contemplación de los divinos misterios y la unión asidua con Dios en la oración no sólo es el primero y principal deber de las Carmelitas Descalzas, sino que constituye la esencia misma de su vocación y el apostolado único y exclusivo de su vida inmolada íntegramente en la contemplación. Por tanto, esfuércense en progresar cada día en la intimidad divina por medio del trato con Dios, convirtiendo en oración su vida entera”. (Cfr. can. 663-1).

Despreocupada de sí y preocupada en la salvación y en el bienestar material de todos, amaba a sus hermanas. También llegaba su amor hasta el último confín de la tierra. Rezaba y se inmolaba por todos y cada uno, queriendo ser corredentora con Cristo. Sus silencios, su recogimiento, transmitían vida interior, un afán de trabajo apostólico y misionero.

En uno de sus últimos ejercicios escribió:

Pienso que cuanto más se ha subido y más cerca se está de la cumbre, hay que hacer un esfuerzo mayor para llegar a la meta. Así, cuantos más años han pasado y más cerca se está de la muerte hay que hacer

un esfuerzo mayor para recuperar el tiempo perdido, pues como falta poco, no se puede perder ni un minuto. Corazón de Jesús, en Vos confío que me daréis las fuerzas necesarias.

En otra ocasión había escrito:

Soy hija de la Iglesia. Todo se resume en una palabra: amor.

VIII HASTA EL ÚLTIMO DÍA DE SU VIDA

A fines de 1998 tuvo una gripe de temer. Ante el médico restó importancia a su fiebre y lo achacaba todo a la alarma de sus hermanas. La priora procuraba su descanso, y dispuso que oyese la misa desde el coro alto. Pero ella no dejaba de insistir en que se le permitiese bajar a la misa con la comunidad. Pasado algún tiempo pidió de nuevo permiso para asistir como una más a la misa de La Inmaculada, diciendo que podía hacerlo sin dificultad. Se le dio en esta ocasión, así como para los maitines de Navidad y la misa funeral de una monja fallecida unas semanas después.



La Madre Concepción el día que cumplía 93 años, su último aniversario, bromeando con sus alpargatas.

El 6 de febrero de 1999, por la tarde, víspera de su muerte, siguió sus últimos ejercicios desde el coro alto. A la conclusión, el p. Jacinto María de la Cruz, c.d., impartió la bendición apostólica con indulgencia plenaria. Por la tarde, después de nona, hubo el abrazo de la comunidad. Una hermana la fue a buscar a su celda. Llegó con su andador, cuando todavía quedaban algunas monjas. Todas notaron que a la madre Concepción la embargaba una alegría interior indescriptible y profundísima, que se desbordaba en una sonrisa de cielo, tan angelical que no tenía disimulo. Nos dio el abrazo radiante de felicidad. No en balde, ya había asegurado alguna vez: *En el Carmelo he sido inmensamente feliz.*

Aquella noche casi toda la comunidad padecía gripe y por acostarse antes, se adelantó el rezo de mañanitas. Durante el rezo, las hermanas que estaban junto a la madre Concepción le notaron una respiración muy fatigosa. Ella, como siempre, dijo que estaba muy bien y que no tenía nada. Como una más rezó, levantándose y sentándose cuantas veces lo requería el ceremonial acostumbrado. La hermana que desde hacía doce años pernoctaba con ella la ayudó a acostarse. Hizo su acostumbrado acto de contrición y besó el crucifijo con gran amor y reverencia. Dijo la aceptación de la muer-

te, se acostó y pidió a la hermana que rezase con ella una oración por un alma en especial, sin nombrarla. Le aclaró que no era una petición de nadie, sino que la sentía de pronto acudir a ella. La hermana le acompañó en aquella intercesión. Rezó luego las tres avemarías y al acabar comenzó a repetir las. La hermana le reparó que ya las habían rezado y contestó: – *Aquellas eran para mí, ahora son por los que no rezan.* Rezó, según costumbre propia, otras muchas oraciones.

Pasadas las dos de la madrugada se levantó sola, a oscuras, sin querer molestar. Salía de su interior un ruido extraño que no procedía de la respiración. La hermana, desvelada, le preguntó por aquel síntoma. La madre Concepción, sin alarma, paciente, dijo que no sabía qué podía ser. Salía espuma de su boca, entre labios emblanquecidos y con ruidos de fondo. Permanecía de pie, ante la hermana que la arreglaba; se miró la mano derecha, ambas la vieron con las venas ennegrecidas. La madre Concepción inmediatamente retiró la mano. No se quejaba, nada pedía, y la hermana, esperando la demanda de algún alivio, la interpelaba asustada: –“Madrecita, ¿qué le pasa? ¿Se está muriendo!” La madre seguía de pie sin decir nada, mirando con ternura indecible. –“¿Se encuentra mal, avisamos al

médico o a Nuestra Madre?”. Por primera vez en su vida carmelita asintió a estas preguntas, sin pronunciar palabra, sólo con la cabeza. Ante la indecisión de la hermana y su resistencia a dejarla en aquellos instantes para avisar a la comunidad, reaccionó la Madre Concepción dirigiéndose al lecho: *¡He de subir, he de subir!* y al tiempo que apoyaba las manos sobre el lecho caía su cuerpo y entregaba el alma a Dios.

IX EPÍLOGO

Vista en su conjunto, la vida de la madre Concepción se percibe como un camino recto de ascensión, en constante mirada hacia Dios. Vive un presente continuo, de entrega sin pausa. Así se explican su memoria prodigiosa, su concentración constante, y aquella gracia oculta que impregnaba todo su quehacer cotidiano en la clausura.

Su vida transcurre desde la humillación del orgullo —antes de entrar en el convento—, pasando por la renuncia a la voluntad propia y por la mortificación del cuerpo —con una fortaleza serena—, hasta la caridad integral. Mil anécdotas y detalles, que apenas se recogen en este opúsculo, conforman una unidad de sentido y una vocación única en la vida de la madre Concepción. Sólo un enamorado es capaz de desvivirse por el otro y sólo hay un enamoramiento capaz de sostener una generosa renuncia total de sí: el amor a Cristo, y, por Él, al prójimo. Así, la práctica de la virtud, de la humildad, de la entrega, o la observancia estricta de la regla no son en la madre Concepción propósitos de sacrificio de un alma que busca su salvación, no se agotan en la purificación propia. Son una

oblación por la caridad. Son esfuerzos en ofrenda de solidaridad con la pasión redentora de Cristo.

Los méritos y esfuerzos de la Madre Concepción, inalcanzables o incomprensibles a los ojos más comunes de hoy, deben ser un motivo de alegría para todos, pues son un obsequio a nuestra salvación, suplen nuestra limitación. Representan el carisma del Carmelo, la vida oculta en el convento y entre las propias hermanas, con el espíritu universal de Cristo, apostólico, misionero y redentor.

La madre Concepción con sus setenta años de vida carmelitana, siete prioratos y cinco trienios de madre maestra, ha dejado una huella viva en el convento. Por su ejemplo y por su gobierno ha sido pilar del monasterio de Santa Teresa de Palma en su fidelidad al carisma fundacional. Este monasterio fue el primer Carmelo —cuando menos, el segundo— erigido en el mundo con el nombre de la reformadora de Ávila. Cuatro siglos después pervive, en medio del bullicio de los tiempos, queriendo ser testimonio de la salvación del hombre.

El ejemplo de la madre Concepción traspasó los muros de la clausura. Tras su muerte han sido muchos

los testimonios de su efecto edificante y de intercesión en gracias particulares.

La luz de la Madre Concepción será reflejada durante muchos años por sus hermanas carmelitas y quienes, más o menos directamente, tuvieron ocasión de tratarla con veneración. Merece también ser proyectada para los que no la han conocido y para otras generaciones. Desde el evangelio de Jesús, la Iglesia en la Historia es una cadena de eslabones testigos de la estancia de Cristo entre nosotros. La vida de la Madre Concepción tuvo este propósito de buena nueva y de comunión redentora. Para el padre Simeón, carmelita descalzo, postulador de canonizaciones entre los más eminentes y prolíficos del S. XX y de la historia de la Iglesia, –las causas de la Madre Maravillas, Teresa de los Andes, Edith Stein, Rafael de San José... hasta el doctorado de la Iglesia de Santa Teresita de Lissieux son obras suya– la memoria de la Madre Concepción ya no pertenece a la clausura de sus hermanas. Es tesoro de la Iglesia que se ha de compartir, como han percibido ya muchos carmelos que han leído su historia. Promover su canonización es invitar a todos a imitar sus virtudes y a participar de sus méritos.

ÍNDICE

Preámbulo del Cardenal Álvarez Martínez	9
I María en su siglo	13
II Caída y gracia	22
III Entrada en el Carmelo.....	26
IV Primeros años de carmelita	28
V Consagración al Sagrado Corazón de Jesús ..	31
VI Priora y maestra	37
VII Caridad y fortaleza heroica	39
VIII Hasta el último día de su vida	44
IX Epílogo	49

